

“Chañarcillo”

Dramaturgia: Antonio Acevedo Hernández. **Dirección:** Andrés Pérez. **Teatro Nacional Chileno.** **Con:** Diana Sanz, Alexis Moreno, Alexandra von Hummel y elenco. **Escenografía y vestuario:** Jorge González. **Iluminación:** Guillermo Ganga. **Música:** Luis Advís. **Teatro Antonio Varas, Morandé 25.**



Adrián Díaz, Diana Sanz y Marcelo Maldonado

En su segunda obra de la temporada, el Teatro Nacional Chileno ha reestrenado una de las obras claves de la dramaturgia chilena de la primera mitad del siglo XX y, sin duda, la producción más importante de Antonio Acevedo Hernández (1886-1962). Al respecto, hay que señalar que *Chañarcillo* (1936) es la obra de madurez del autor, en donde adquieren significancia la problemática social, el juego de planos reales e irreales, el carácter epopéyico y, sobre todo, la presencia de elementos de carácter expresionista.

En lo esencial, esta “epopeya en cuatro etapas” transcurre tanto en una fonda en el pueblo nortino de Juan Godoy como en el desierto, en 1842. En relación con lo primero, tenemos conocimiento de

la realidad de ese específico sector social (los mineros), con sus pependencias, juegos, vinculaciones afectivas y todo lo que va conformando una visión de mundo, desde una perspectiva de cuadro costumbrista como crítica. En relación con lo segundo —lo mejor logrado como contenido dramático—, presenciamos la incursión en el desierto del Chicharra como de El Suave, quienes se han adentrado en él en busca del derrotero que los hará salir de la pobreza y la explotación. Así, en función de lo anterior, elementos como el desaliento, temor a la muerte, necesidad de sobrevivencia, recuerdos, pesadillas, salvación, se constituyen en motivos literarios fundamentales del texto.

En su globalidad, la puesta en escena —bajo la dirección de Andrés Pérez (quien actuó en el montaje

de esta obra en los setenta, con el Teatro Itinerante)—, posee más ingredientes positivos que negativos. Se nota, por un lado, el dominio de Andrés Pérez en el manejo de las situaciones y tipos populares, con sutilezas que van delineando una estética que lo hace ser uno de nuestros directores de mayor importancia; por otro, la propuesta coreográfica, el manejo actoral, la presencia de lo lúdico, conforman puntos a favor de este montaje.

Quien se lleva los aplausos, por su desplante escénico, es Diana Sanz, con una gracia digna de elogio. Es el punto alto de un colectivo en donde manifiestan mayor naturalidad, en general, las actrices sobre los actores (algunos de estos muy poco convincentes, como ese gringo “payasesco” u otros con falta de presencia). También hay que destacar algunas escenas, como, por ejemplo, la que acontece entre Risueña y El Cerro, por su emotividad, o la del desierto, por el acopio de teatralidad. Todo esto, junto a la música en vivo (piano, batería, guitarra, acordeón), le va dando una dinámica especial al acontecer. Por lo mismo, poco a poco, en estas dos horas de teatro, la

representación va adquiriendo un fluir que da cuenta a cabalidad de la dramaturgia de Acevedo Hernández. Finalmente, no se le dio la suficiente importancia a los elementos expresionistas señalados en el texto, lo que la hizo ser —en su tiempo— una obra conectada con las vanguardias.

Más allá de ciertas apreciaciones divergentes en torno a la



Alexandra von Hummel

predominancia o no de estos rasgos expresionistas y a una debilidad de lo actoral (en el trabajo individual más que en el trabajo colectivo), este montaje de *Chañarcillo*, bajo el prisma de Andrés Pérez, es estimulante a la hora de rescatar del olvido los principales textos de nuestros dramaturgos.